

LA CVX Y SU IDENTIDAD ESPECIFICA

UNA MIRADA RETROSPECTIVA DE 40 AÑOS

Daniela Frank

Presidente

Consejo Ejecutivo

CVX Mundial

Observaciones Preliminares

En 2007 la CVX celebra el 40 aniversario de la aprobación de sus Principios Generales. Cuarenta años es mucho tiempo – y poco tiempo, si lo vemos en el contexto de nuestras raíces que se remontan hasta los tiempos de San Ignacio de Loyola. A lo largo de estas décadas, y aun siglos, mucha gente ha sido llamada a seguir a Jesús en comunidad, como laicos y laicas inspirados por los Ejercicios Espirituales. La generosidad de su respuesta cotidiana, su discernimiento individual y comunitario y su compromiso con este camino de vida en la Iglesia han hecho de la CVX lo que es hoy. Agradecemos a Dios sinceramente y de todo corazón por sus vidas y sus respuestas al llamado de nuestro Dios y Señor – y, personalmente, estoy muy agradecida por su compartir las gracias recibidas, las limitaciones, los desafíos enfrentados y las luchas superadas.

Comparada con el pasado de más de cuatro siglos, mi historia personal en la CVX es definitivamente muy breve pero, la posibilidad de conversar y de escuchar a testigos en muchas partes del mundo me ha permitido desarrollar un sentido del proceso vivido. Por supuesto, habría muchas maneras de compartir acerca de estos últimos cuarenta años, tantas como es múltiple y variado el “mosaico” CVX en todas

sus dimensiones. Intentaré solamente presentar algunas pinceladas de cómo, desde una perspectiva mundial, percibo hoy estos últimos cuarenta años, siendo consciente de que no me será posible retratar adecuadamente los muchos “pasos pequeños” que a nivel local, nacional e internacional han conformado nuestro proceso de crecimiento como CVX.

Al compartir con miembros de los nuevos movimientos eclesiales, se nos pregunta en ocasiones si realmente formamos parte de esos grupos, ya que la CVX no es un movimiento (sino una comunidad laica mundial) ni tampoco algo nuevo. Nuestra historia se remonta al siglo XVI, a los orígenes de la Compañía de Jesús. Desde un principio, Ignacio de Loyola, y subsecuentemente sus primeros compañeros reunieron en torno a sí a algunos laicos (en esa época sólo varones) para compartir con ellos la espiritualidad emanada de los Ejercicios Espirituales y para que cooperaran con ellos en el apostolado.

Los orígenes apostólicos de la CVX: Las Congregaciones Marianas

Fue el jesuita belga Juan Leunis, quien en 1560 reunió a un grupo de estudiantes del Colegio Romano a fin de prepararlos para las actividades apostólicas en la ciudad de Roma. Su deseo era ahondar en los objetivos educativos del Colegio Romano, que era definitivamente un Centro Europeo de formación académica extensa: ciencia, investigación y cultura, marcadas

por el espíritu de San Ignacio de hallar a Dios en todas las cosas. Los grupos de estudiantes se reunían para integrar todas las dimensiones de su vida, su estudio académico y su fe cristiana. Obviamente Juan Leunis, S.J. tuvo un talento especial para animarlos y

*Congregaciones Marianas:
intensa vida espiritual,
reuniones comunitarias,
un activo compromiso apostólico*

orientarlos en esta senda bajo la guía de María como su santa patrona – llevándoles a formar las Congregaciones Marianas. “Ubi duo vel tres congregati sunt” [“... donde dos o tres se reúnen en mi nombre” Mt, 18,20]. La inspiración para este nombre vino de un fresco en la Capilla del Colegio

Romano: la Anunciación a María integrada en el misterio de la Encarnación, según una de las contemplaciones claves de los Ejercicios Espirituales.

La vida de estas Congregaciones Marianas estuvo marcada por una intensa vida espiritual con reuniones comunitarias semanales y con un activo compromiso apostólico, que se enraizaba en la búsqueda ferviente de respuestas nuevas y efectivas a las necesidades religiosas, sociales y políticas de su época.

A partir de 1565, Juan Leunis, S.J. viajó para fundar nuevas Congregaciones. Y apenas unos pocos años después, casi no había Colegio Jesuita en Europa o área de misión confiada a la Compañía de Jesús en los que nos existieran las Congregaciones Marianas. Estos grupos de laicos se convirtieron en un pilar principal para los trabajos de los jesuitas y, por mucho tiempo, contribuyeron a la renovación de la Iglesia Católica según el espíritu del Concilio Tridentino (1545-1563).

Apenas unos días después de la muerte de Juan Leunis, S.J., el papa Gregorio XIII confirmó a la Congregación del Colegio Romano como cabeza de todas las Congregaciones Marianas (1584/1585). La “Prima Primaria” habría de asegurar la unidad y autenticidad de las Congregaciones Marianas. Como primera asociación de laicos en la Iglesia, se concedió a las Congregaciones Marianas el derecho de auto-gobernarse; quedando, desde un punto de vista jurídico, bajo el Superior General de la Compañía de Jesús. Un instrumento importante para asegurar la unidad en el mismo Espíritu y la autenticidad de las Congregaciones Marianas fueron las primeras Reglas Comunes de 1587, preparadas por el General de la Compañía de Jesús: P. Claudio Aquaviva, en base a las experiencias de los grupos de Roma. Estas Reglas Comunes, fueron válidas por casi tres siglos y comprobaron ser una piedra angular para el desarrollo dinámico de las Congregaciones Marianas en todo el mundo.

Hasta 1773 cerca de 2500 grupos se habían afiliado a las Congregaciones Marianas. 1773 fue el año en que el papa Clemente XIV suprimió a la Compañía de Jesús y todos sus trabajos apostólicos. En un principio esto incluyó a las Congregaciones Marianas; pero unos meses después éstas fueron reestablecidas, ahora bajo la responsabilidad de los obispos locales. Esta decisión trajo consigo un crecimiento desorbitado de las Congregaciones Marianas que en 1948 sumaban unos 80,000 grupos, pero las separó de su inspiración original; pues se desarrollaron en la iglesia como un movimiento masivo de devoción mariana; hasta el día de hoy,

muchos las identifican con esta imagen. La intención original, de integración de todas las dimensiones de la vida -arraigada en la espiritualidad de San Ignacio, la vida comunitaria y el servicio apostólico- se perdió.

“Vuelvan a sus raíces”

En 1922, se inició el proceso de renovación de las Congregaciones Marianas inspirado en el proyecto original. El P. Ledochowski, entonces General de la Compañía de Jesús, convocó a un encuentro de jesuitas que trabajaban con las Congregaciones Marianas y que abarcaba aproximadamente al 5% de los grupos existentes. Cuarenta jesuitas, de diecinueve países, se reunieron para reflexionar acerca de las posibilidades de hacer algo para la restauración del espíritu original, teniendo presente el hecho de que las Congregaciones Marianas habían estado fuertemente conectadas con los jesuitas desde sus inicios. Como resultado de este encuentro se fundó un Secretariado Central en Roma - para el servicio de los Jesuitas y de las Congregaciones Marianas.

El Papa Pío XII siguió con grande interés los esfuerzos de este Secretariado Central, e hizo todo lo que pudo para apoyar la renovación de las Congregaciones Marianas. En 1948, promulgó una “Constitución Apostólica” con el título “Bis Saeculari”, en la que enfatizó la original identidad ignaciana de las Congregaciones Marianas e hizo un llamado a todos los grupos para que volvieran a sus orígenes, arraigados en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Por ser el Papa quien lo hacía, este llamado comprometía a la Iglesia entera - y no sólo a aquellos grupos que se mantenían conectados o que se habían re-conectado con la Compañía de Jesús. En su Constitución Apostólica, Pío XII dio algunas orientaciones hacia el futuro y planteó algunas pautas para el apostolado de los laicos. ¡Definitivamente abrió nuevos horizontes!

¿Cómo llevar a la práctica la “Bis Saeculari”? Para planear algunos pasos concretos, era importante que no sólo jesuitas sino también algunos laicos pudieran reunirse para compartir y contribuir con sus ideas y reflexiones. En apoyo a esta iniciativa, el Secretariado Central –encabezado por el P. Louis Paulussen, S.J. desde 1951- a petición de algunos representantes de las Congregaciones Marianas preparó unos estatutos para un contacto internacional permanente entre los grupos. Con la confirmación

papal de estos Estatutos, en 1953 quedó fundada oficialmente la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas.

En coincidencia con el congreso internacional con motivo del año Mariano en 1954, se celebró en Roma la primera Asamblea Mundial de las Congregaciones Marianas, y durante ella los mismos laicos iniciaron su proceso de renovación, asumiendo nuevamente la responsabilidad y eligiendo a un primer Consejo Ejecutivo Mundial. Con gran entusiasmo, las Congregaciones Marianas de muchos países re-descubrieron sus raíces originales. En 1959 en Newark (EE.UU.), sus miembros buscaron caminos de renovación y de adaptación a los nuevos requerimientos de las Congregaciones Marianas. Los delegados se mostraron dispuestos a aceptar los desafíos y expresaron sus deseos profundos de una honda renovación de acuerdo a la inspiración original de las Congregaciones Marianas.

Se dieron los primeros pasos hacia el desarrollo de los nuevos "Principios Generales". Tanto el P. Paulussen como el P. Janssens, General de la Compañía de Jesús, estaban conscientes de que, canónicamente, sólo el P. General tenía el derecho de promulgar nuevas reglas. Sin embargo, el P. Janssens apoyó fuertemente el movimiento hacia la independencia de las Congregaciones Marianas - confirmado por la Santa Sede sólo ocho años después, al aprobar los nuevos Principios Generales de la CVX.

Volver a los orígenes significa re-encontrar las raíces y re-descubrir y adaptar su espíritu a las realidades actuales. No era necesario re-inventar la rueda, sino más bien reflexionar cuidadosamente en cómo la inspiración original de las Congregaciones Marianas habría de vivirse hoy. ¿Qué significan hoy la espiritualidad ignaciana, la vida comunitaria y el servicio apostólico? tanto para la persona, como también para el grupo.

Un primer reto era, definitivamente, el re-descubrimiento de la espiritualidad ignaciana. A principios de los 50s, se dieron por primera vez en los Estados Unidos los Ejercicios Ignacianos durante ocho días, y después aún los Ejercicios completos de treinta días, a laicos, con grande éxito. Eventualmente, otros continentes ofrecieron retiros ignacianos a los laicos.

*¿Qué significan hoy
para la persona y para el grupo,
la espiritualidad ignaciana,
la vida comunitaria y
el servicio apostólico?*

Jesuitas y otros teólogos ayudaron a las Congregaciones Marianas a reconectarse con los Ejercicios Espirituales como fundamento de su espiritualidad y a profundizar en su comprensión.

En 1964, habría sido posible presentar los nuevos Principios Generales a los delegados de la Asamblea que se celebró en Bombay (India). Pero, en medio del Concilio Vaticano II, era evidente la importancia de esperar para permitir que la aprobación de los nuevos Estatutos por parte de la Federación Mundial correspondiera plenamente a los frutos del Concilio de Renovación para toda la Iglesia.

***Nuevos Principios Generales y cambio de nombre:
Comunidades de Vida Cristiana (CVX)***

Durante la 4ª Asamblea de la Federación Mundial, en octubre de 1967, el borrador final de los nuevos Principios Generales, desarrollado a partir de una amplia consulta mundial desde finales de 1959, fue presentado a los ciento cuarenta delegados de treinta y ocho países. Aún hubieron de ser discutidas un buen número de enmiendas. Cada frase se votó separadamente, para llegar a un acuerdo total sobre el texto completo, que expresara un nuevo comienzo. Finalmente, el 21 de octubre, los participantes, movidos por el Espíritu del Señor e influenciados por el redescubrimiento de las fuentes ignacianas y por el Vaticano II, aprobaron los “Principios Generales” en su totalidad. Fue un programa intenso de “aggiornamento” para esta organización de 400 años de edad.

***El preámbulo puede verse como el núcleo y
no sólo como una introducción.***

“ 1. Fiel a su promesa, Dios se hizo hombre, nacido de María, para darse continuamente a todos los hombres e invitar a todos los hombres a darse continuamente a El en Cristo y con Cristo. Esta entrega de Dios a los hombres y de los hombres a Dios, bajo la moción del Espíritu Santo, se realiza siempre en conformidad con las circunstancias de cada situación. Por eso, nosotros miembros de la Federación Mundial de las Comunidades de Vida Cristiana hemos compuesto estos Principios Generales para que

nos ayuden a entregarnos con generosidad siempre mayor a Dios, amando y sirviendo a toda la humanidad en el mundo de hoy.

2. Puesto que nuestro movimiento es un camino de vida cristiana, estos principios no tanto se han de interpretar según la letra del texto, sino más bien según el espíritu del Evangelio y la ley interior del amor. Esta ley, que el Espíritu Santo escribe en nuestros corazones, se expresa siempre de un modo nuevo en cada situación de vida cotidiana. Respetando la singularidad de cada vocación personal, hace que seamos abiertos y libres, siempre prontos a la disposición divina. Nos estimula a que reconozcamos nuestras graves responsabilidades; y nos ayuda a buscar constantemente la respuesta a las necesidades de nuestros tiempos y a trabajar, en unión con todo el pueblo de Dios, por el progreso y la paz, la justicia y la caridad, la libertad y la dignidad de todos los hombres.”

La primera parte concreta las características del estilo de vida: espiritualidad, comunidad, unión con la Iglesia, servicio para la justicia y la paz, inspiración proyectada desde el evangelio de Jesús pobre y humilde, unión con María. En la segunda parte, los elementos del estilo de vida se subrayan más detalladamente. El Principio #11 resume cómo los tres pilares: espiritualidad, servicio apostólico y comunidad marcan e inspiran la vida de un miembro.

“ 11. Este estilo de vida compromete al candidato a procurarse con la ayuda del grupo, un constante crecimiento espiritual, apostólico y humano. En la práctica, esto trae consigo: frecuente y aun diaria participación en el Sacrificio Eucarístico; intensa vida sacramental; práctica diaria de oración personal, basada especialmente en la Sagrada Escritura; discernimiento por medio de la revisión diaria de la vida propia y de la dirección espiritual periódica; renovación interior anual en conformidad con las fuentes de nuestra espiritualidad; y amor a la Madre de Dios.

Además este estilo de vida pide a cada miembro la sencillez en todos los aspectos de la vida, para seguir más de cerca a Cristo en su pobreza y para conservar la libertad interior en su compromiso con el mundo. Requiere también que cada uno se comprometa apostólicamente, en especial en la renovación de las instituciones de la sociedad, y se esfuerce por desarrollar sus cualidades humanas y capacidades profesionales para hacerse cada vez más competente y dar un testimonio apostólico más convincente.

Finalmente, cada uno toma sobre sí la responsabilidad de participar en las reuniones y actividades del grupo y cada uno ayuda y anima a los

demás a realizar su vocación personal, dispuesto siempre a dar y recibir fraternalmente consejo y ayuda.

Los requisitos jurídicos reflejaron también el “nuevo espíritu” de los Principios Generales: no serían ya ni la Prima Primaria de Roma ni el General de la Compañía de Jesús quienes aceptaran como miembros a una comunidad local o a una federación nacional, sino que este papel correspondería a las Federaciones Regional y Mundial.

Hasta la fecha, testigos de esa Asamblea de 1967 comparten emocionados que la aprobación de los nuevos Principios Generales les pareció un milagro - a pesar de la preparación tan larga y profunda que la había precedido. Hasta las últimas fases de la votación se mantuvo la controversia en cuanto a si realmente era posible, y correspondía al espíritu de renovación, optar por un estilo de vida tan radical. Finalmente, fueron aquellos laicos que habían vivido la renovación inspirada por el Papa Pío XII quienes, al compartir sus propias experiencias y dar testimonio de los frutos en su familia, vida profesional y apostólica, facilitaron el camino al “Sí” común. El llevar los Principios Generales al altar de la Misa, después del voto conclusivo, equivalía a sellar el camino de las Congregaciones con el mismo espíritu con que habían sido guiadas durante los años anteriores: a través del poder transformador de Dios, estas palabras llenarían con Espíritu y Vida a todas las Congregaciones del mundo. *El 25 de marzo de 1968, el Papa Paulo VI confirmó los nuevos Principios Generales para un periodo experimental por tres años. El 31 de marzo de 1971 fueron aprobados definitivamente por la Santa Sede.*

Finalmente, la Asamblea de 1967 decidió también el cambio de nombre: muchos países habían subrayado que sería imposible vivir una renovación profunda mientras se mantuviera el nombre de Congregaciones Marianas. Muchos grupos habían buscado la manera de expresar la renovación, pero el nombre final para la Federación Mundial (no automáticamente para todos los grupos afiliados) como “Comunidades de Vida Cristiana” surgió de parte de los participantes. *Así, la CVX empezó a vivir su vocación renovada: como laicos, arraigados en la espiritualidad ignaciana, en comunidad y al servicio de la justicia y la paz.*

Durante los años siguientes, el entusiasmo de 1967 fue puesto a prueba de diferentes maneras: tensiones entre los miembros, criticidad y resistencias tanto de parte de algunos jesuitas como de algunos obispos... pero a pesar de tales reveses y contrariedades para la siguiente Asamblea General, Santo Domingo 1970, era claro que no había vuelta atrás. Después

de reconocer el ideal en los nuevos Principios Generales, de haber aceptado el concepto de nuestra vocación y los elementos de su estilo de vida correspondiente, era necesario ahora aceptar humildemente la necesidad de progresar paso a paso en el desarrollo humano y espiritual - tanto en cuanto individuos como en cuanto comunidad - para vivir esta vocación. Por ejemplo: para Santo Domingo se había planeado llevar a cabo un discernimiento común de toma de decisión, una verdadera "deliberatio", que simplemente no funcionó. Se suponía que los delegados estudiarían el papal de la CVX ante la crisis de la Iglesia y el desafío del desarrollo; en lugar de esto: fueron ellos quienes vivieron la crisis. De hecho, la catástrofe de esa Asamblea pesó mucho tanto en los participantes como en el Consejo Ejecutivo. Sin embargo, en un sentido espiritual, también probó ser una invitación que provocó y facilitó un enorme proceso de aprendizaje.

Por consiguiente, la siguiente Asamblea en 1973, en Augsburg, se diseñó de manera que ayudara a los delegados a crecer en el estilo de vida CVX paso a paso. El tema: "*CVX, una comunidad al servicio de la liberación de todo el hombre y de todos los hombres*" era una respuesta a los desafíos al interior y al exterior de la CVX. Por primera vez, la asamblea fue precedida por un curso internacional de catorce días en el que participaron las dos terceras partes de los ciento setenta delegados provenientes de cuarenta países. Así la gente pudo experimentar al mismo tiempo un programa de formación (que ofrecía un modelo de formación para los niveles locales y nacionales) y familiarizarse como miembros de una comunidad mundial. Basada en el tema escogido, la Asamblea condujo a los delegados a concretar algunas líneas de dirección y acción:

- compromiso con la transformación de las estructuras políticas, económicas, sociales, culturales y religiosas, utilizando el discernimiento personal y comunitario para determinar las prioridades y medios de acción, en el espíritu de las orientaciones pastorales de la Iglesia.

- apertura al mundo por la acción y la colaboración con todos los hombres de buena voluntad; la inserción en los organismos temporales; la solidaridad con los más pobres y oprimidos; y el trabajo ecuménico.

- reconocimiento de la importancia capital de la formación enraizada en los Ejercicios Espirituales y en las culturas de las diversas naciones. Reconocimiento de la integración necesaria de los Ejercicios en todas las dimensiones de nuestra vida.

-vida comunitaria que dé testimonio de un estilo de vida pobre, en la que la puesta en común y la ayuda mutua se extiendan a todas las comunidades, a las demás naciones y a los pobres.

Durante la siguiente Asamblea General en Manila (Filipinas) 1976,

el tema *“Pobres con Cristo para un Mejor Servicio”*

*es toda la comunidad
la que es enviada,
en comunión de mente y corazón*

subrayó la importancia de nuestra responsabilidad social y se nos hizo más vivo que nunca. Una vez más, la Asamblea se combinó con cursos de formación antes y

después, que incluyeron experiencias de inserción en los barrios de Manila y de los Ejercicios Espirituales. La conexión inmediata entre formación y servicio con una opción clara en favor de los pobres, más que un tema de discusión fue una experiencia concreta que marcó a los delegados, a la Asamblea y a los procesos locales y nacionales ulteriores. En todas sus dimensiones, las CVX buscaron caminos para profundizar tanto en el proceso de crecimiento espiritual individual como en los procesos grupales, según la dinámica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Era imperativo estar cimentados en situaciones concretas, abiertos a ser tocados y confrontados por la realidad de los pobres en nuestros países y en todo el mundo, para responder a las necesidades de los tiempos y para colaborar en la construcción del Reino de Dios.

De la Federación a una Comunidad Mundial

Los frutos de los procesos vividos se hicieron visibles en Roma’79. Era evidente que nuestra pertenencia común era mucho más profunda que lo expresado por la palabra “federación”. La Asamblea podía avanzar *“hacia una comunidad mundial al servicio de un único mundo”* pero no todas las federaciones nacionales podían aceptarlo todavía. Tres años después, en Providence 1982, la búsqueda común tuvo como resultado un claro “Sí” a *“La llamada a la Comunidad Mundial”*.

La Asamblea de Providence (EE.UU) no sólo estuvo enfocada a una cierta erudición que ayudara a asimilar el tema de UNA comunidad mundial,

sino que fue una experiencia vivida de esta comunidad mundial que hizo nacer un nuevo sentido de comunión. Esto incluyó, por un lado, una mayor conciencia de comunidad y de participación en ella, y por otro abrió al discernimiento común, en búsqueda de caminos a una respuesta común para las demandas emergentes de situaciones particulares. Durante los años siguientes a Providence'82, la CVX al hacer realidad la Comunidad única, se ha abierto a su misión percibiéndola, por primera vez, como una *"misión común"*.

Consecuentemente, la Asamblea de Loyola 1986, que reunió a delegados de cincuenta países, se centró en la misión apostólica: *"Hagan lo que El les diga - María, Modelo de nuestra Misión"*. Alentada por la gracia de encontrarse en el mismo lugar en el que Ignacio experimentó su conversión hacia una relación más íntima con el Señor, la CVX fue confirmada en su identidad arraigada en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: enviada en misión en unión con Cristo pobre y humilde y a imitación de María - en libertad, pobreza y solidaridad. Enviada en misión por el Señor y su Iglesia, la CVX también *"reconoció que no podemos ser fieles a nuestra misión sin situarla en el marco de nuestra comunidad, sintiendo efectivamente que es toda la comunidad la que es enviada, en comunión de mente y corazón"*. (La Gracia de Loyola '86).

Cuatro años más tarde, en Guadalajara (México), se invitó a la comunidad a reflexionar más profundamente en su ser y estar *"al servicio del Reino"* como una comunidad laical, ignaciana y misionera en la Iglesia, con un hondo sentido de misión y, cada vez más, con una mayor implicación común en la misión. También en 1990, se presentaron los Principios Generales que reflejan el hecho de ser UNA Comunidad (en lugar de una Federación Mundial) y las experiencias y desafíos vividos desde 1967. A través de las deliberaciones y votaciones de estos Principios revisados, la CVX no sólo reconoció agradecida las gracias recibidas, sino también sus limitaciones, admitiendo humildemente la necesidad de aprender a dejarse conducir más por el Espíritu de Dios, como individuos y como una Comunidad Mundial: *"Hemos experimentado la gracia de reconocernos movidos por el deseo de servir junto a Jesucristo en la obra del Reino, y hemos sido confirmados en esta llamada. Al mismo tiempo, nos hemos reconocido todavía necesitados de mayor unidad y libertad espiritual como una comunidad de discípulos"* (La gracia y la llamada de Guadalajara '90).

En 1994 los delegados y observadores provenientes de cincuenta y nueve países se reunieron en Hong Kong como *"CVX - una Comunidad"*

en Misión” con el propósito y esperanza de que la Asamblea fuera un examen de conciencia en cuanto a la misión a nivel comunitario. Habiendo crecido como comunidad a través de los años, la CVX deseaba también ahondar en la comprensión de a dónde era llamada como comunidad en desarrollo. La gracia recibida durante esta Asamblea recordó una vez más la necesidad de una conversión continua en vistas a la Misión: *“En cuanto Comunidad Mundial, debemos buscar una mayor integración de la realidad social y sus problemas y desafíos en todo lo que vivimos y hacemos... Su Espíritu que preside la historia, nos mueve e impulsa a estar atentos a los signos de los tiempos y a hacer de nuestra experiencia espiritual un servicio constante y humilde a la construcción de la justicia y la paz. Todo esto lo hemos de vivir no con palabras sino con hechos y en verdad”*.

Respuesta al llamado a ser un Cuerpo Apostólico

Al mirar hacia atrás el proceso vivido por la CVX durante las últimas décadas, podríamos evocar la imagen de una flor que se abre. Todo esta presente en ella desde un principio, pero sólo paso a paso florecerá totalmente: mientras tanto habrá de arraigar sus raíces en sus fuentes específicas, respetar el ritmo de cada comunidad y las características de los periodos respectivos de la historia, y leer los signos de los tiempos. Ya desde mediados de los 80s, la “misión común” era un tema comentado en CVX. Durante los 90s, la conciencia de ser una comunidad apostólica se hizo más honda y así, finalmente maduró en la comunidad mundial en la Asamblea de 1998 en Itaici (Brasil): *“Profundizando en nuestra identidad como un cuerpo apostólico – clarificar nuestra Misión Común”*.

El proceso de discernimiento de la Asamblea, preparado en las comunidades nacionales, se centró en tres áreas de crecimiento de la vida cristiana: Cristo y la cultura, Cristo y la realidad social y Cristo en la vida cotidiana. Teniendo en cuenta los criterios ignacianos para la Misión, percibimos las necesidades y seleccionamos las posibilidades para desarrollar la colaboración Laicos-Jesuitas; el proceso tuvo como resultado la identificación de tres áreas de misión y de los medios necesarios para esta misión:

“Primero, deseamos traer a nuestra realidad social el poder liberador de Jesucristo. En segundo lugar, deseamos encontrar a Jesucristo en toda la variedad de culturas, permitiendo que su gracia ilumine todo

lo que necesita transformación. En tercer lugar, deseamos vivir unidos a Jesucristo para que ÉL pueda entrar en todos los aspectos de nuestra vida ordinaria en el mundo.

Estas tres áreas de misión fueron iluminadas por la fuente espiritual que nos alimenta y nos fortalece para la misión: los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, que nos ayudan a crecer en la vida cristiana. Además debemos atender nuestra propia formación para la misión, de manera que nuestra comunidad pueda llegar a ser un instrumento más eficaz de servicio”.

El documento final “Nuestra Misión Común” incluye una amplia gama de criterios y de orientaciones para el servicio y la misión de la CVX en sus diversos niveles, y algunas pautas referentes a los medios para nuestra misión común. Después de la Asamblea de Itaici, en muchas comunidades nacionales se emprendieron nuevas iniciativas apostólicas y se revisaron las ya desarrolladas por algunos de sus miembros a título personal o por las comunidades, teniendo a la vista el documento. Durante este proceso surgió una pregunta fundamental: Itaici significó un avance importante en el QUÉ de nuestra misión común, uniéndonos como comunidad mundial, pero ¿qué caracteriza la manera de vivir nuestra misión (común), es decir el CÓMO?

En Itaici, se utilizó ya la expresión “cuerpo apostólico”, sin embargo, el desarrollo profundo de su significado en la práctica diaria fue el enfoque especial de la Asamblea de Nairobi (Kenia) en 2003. Sólo ahí, como comunidad “*nos sentimos confirmados en nuestro llamado para llegar a ser un cuerpo apostólico que comparte la responsabilidad en la misión dentro de la Iglesia*”. (Recomendaciones de Nairobi 2003, Cf. Proyectos 124).

Con el lema “*Enviados por Cristo, miembros de un sólo cuerpo*” la comunidad mundial pudo mirar en profundidad las consecuencias de vivir esta llamada en todos sus niveles. Como una clave para compartir la responsabilidad en la misión como cuerpo apostólico, definimos los cuatro pasos: *discernir, enviar, apoyar y evaluar*. En comunidad discernimos las llamadas recibidas, es la comunidad quien nos envía a vivir el servicio apostólico discernido y quien nos apoya. Y una vez finalizado el servicio, o en forma periódica después de ciertos espacios de tiempo, la comunidad evalúa la misión con la persona o el grupo enviados. Así, aun un servicio individual se convierte en una “misión común”, ya que toda la comunidad comparte la responsabilidad hacia él.

LA CVX: MIRADA RETROSPECTIVA

Para vivir y actuar como un cuerpo apostólico, la CVX necesita revisar sus estructuras y procesos a fin de responder mejor a la llamada recibida. Hay que reforzar particularmente nuestras bases, nuestro concepto de formación y nuestro estilo de liderazgo, lo mismo que otros aspectos como: la cooperación regional y la promoción de la defensa de la justicia social. Se pidió al Consejo Ejecutivo Mundial desarrollar maneras y estructuras para apoyar a la Comunidad Mundial en todos sus estratos. Por supuesto, esta tarea y este desafío no lo son sólo para la dimensión mundial, sino también para las comunidades nacionales y para las otras estructuras existentes de coordinación regional; y finalmente, no con menor importancia, lo son también para todos los grupos locales.

Mirando hacia atrás, vemos a través de nuestra historia que los pilares fundamentales del estilo de vida de la CVX (y antes de las Congregaciones Marianas): *Espiritualidad Ignaciana – Comunidad – Misión* han sido reconfirmados a través de los procesos vividos. En cada etapa de nuestra historia, hemos sido llamados a profundizar un aspecto diferente: en los primeros años de la renovación fue nuestro enraizamiento en la Espiritualidad Ignaciana, y a finales de los 70s y principios de los 80s la

*discernir, enviar,
apoyar y evaluar*

dimensión comunitaria de nuestra vocación. Pero, en cada etapa ha sido crucial no olvidar los otros pilares; *al centrarnos en nuestro servicio apostólico, no podemos comprender la misión sino vinculada con los Ejercicios Espirituales y la dimensión comunitaria de nuestro estilo de vida.*

Consecuentemente, el proceso de formación de la CVX siempre interrelaciona estas tres dimensiones, ayudando a la persona a la integración de su fe y su vida. Los grupos locales, pero también la comunidad más amplia –nacional o regional- apoya y prolonga las dinámicas generadas por los Ejercicios Espirituales que nos conducen hacia una vida esencialmente apostólica. Aún cuando el servicio apostólico se realice de una manera personal, el servicio es siempre parte de la misión recibida en la CVX. En este sentido, nuestra misión es siempre una misión común - que es parte de la misión de la Iglesia (ver “Nuestro Carisma CVX”, versión revisada en 2001).

CVX es una vocación ignaciana. El carisma y la espiritualidad de la CVX son ignacianos. Por eso los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son al mismo tiempo la fuente específica y el instrumento característico de la

espiritualidad CVX, nos conducen a la integración de fe y vida en todas las dimensiones: personal, social, profesional, política y eclesial. Los miembros de la CVX vivimos la espiritualidad ignaciana en comunidad en el grupo local, a nivel nacional y como Comunidad Mundial. El sostén de quienes comparten la misma vocación es fundamental para nuestro crecimiento humano, espiritual y apostólico. Además, la comunidad en sí misma es un elemento constitutivo del servicio apostólico y testimonio de la CVX, pues es esencialmente una comunidad para los demás.

Colaboración con la Familia Ignaciana

CVX es una vocación laical. Durante la Asamblea de Nairobi, centrada en la CVX como un cuerpo apostólico laico que comparte la responsabilidad hacia la misión en la Iglesia, dimos especial atención a la colaboración entre la CVX y los Jesuitas. Como CVX estamos muy agradecidos por el don de la Espiritualidad Ignaciana que los Jesuitas han compartido generosamente con nosotros siguiendo el ejemplo de San Ignacio. Los Jesuitas nos ayudaron a redescubrir la expresión laical de la Espiritualidad Ignaciana cuando dimos el paso de las Congregaciones Marianas a la CVX y su apoyo ha hecho posible el establecimiento y consolidación de comunidades en muchas partes del mundo. Un modo de colaboración entre la CVX y los Jesuitas es el servicio que ellos nos ofrecen como Asistentes Eclesiásticos; esta expresión recalca también que la CVX es una comunidad laica gobernada por laicos. El Asistente Eclesiástico (jesuita en la mayoría de los casos, pero no siempre necesariamente) *“trabajado en colaboración con los otros responsables, tiene como principal responsabilidad el desarrollo cristiano de toda la comunidad. Ayuda a los miembros a descubrir los caminos de Dios, especialmente por medio de los Ejercicios Espirituales. En virtud de la misión que le ha encomendado la Jerarquía, de cuya autoridad él es el representante, el asistente eclesiástico tiene una responsabilidad especial en el área de los problemas doctrinales y pastorales, y en lo que toca a la armonía propia de una comunidad cristiana”*. (Principios Generales de 1990 #14). Por ello colabora cercanamente con las personas elegidas, forma parte del Consejo Ejecutivo y se le pide contribuir con su competencia específica; pero sin tener un papel dominante entre los responsables.

LA CVX: MIRADA RETROSPECTIVA

En Nairobi, el deseo de la CVX de responder a la llamada a convertirse y proceder como un cuerpo apostólico, sugiere la segunda dimensión de la colaboración entre la Compañía de Jesús y la CVX. Tiene que ver con la colaboración en el campo apostólico, fomentando el crecimiento del compañerismo entre ambos cuerpos apostólicos que incluye el discernimiento conjunto y actividades comunes.

Aunque el deseo de crecer en la colaboración apostólica es muy claro, todavía tenemos un largo camino por recorrer. Para la CVX esta perspectiva es ante todo un desafío a profundizar en nuestra propia identidad y a crecer en madurez: espiritualmente, como una comunidad auto-responsable, y en nuestros servicios apostólicos vividos como una misión común. Al mismo tiempo, no debemos ocultar lo que podemos ofrecer: nuestras experiencias, los talentos y los carismas específicos de nuestros miembros, nuestra presencia en el campo profesional, social y político.

Mirando alrededor del mundo hay muchas experiencias concretas de colaboración con los Jesuitas y con otros miembros de la familia ignaciana - congregaciones ignacianas y otros grupos inspirados por los Ejercicios Espirituales- que podrían fortalecerse. En muchos casos, las actividades se realizan en el campo de la espiritualidad: cursos de formación y programas de entrenamiento para acompañantes o guías espirituales, miembros de la CVX que cooperan como guías en Centros de Espiritualidad Ignacianos, administración de casas de retiro de la Compañía de Jesús, etcétera. En muchos casos, los involucrados enfatizarán el enriquecimiento mutuo, no sólo a favor de la actividad concreta sino también por la afirmación de la propia identidad como religiosos o como laicos.

Como familia ignaciana, tenemos mucho que ofrecer a la Iglesia y al Mundo. Desde nuestras comunidades, sea la Compañía de Jesús, la CVX, u otras congregaciones y organizaciones, tenemos como cimiento una extensa variedad de conocimientos y experiencias, la profunda formación ignaciana y disponibilidad, y un compromiso serio *“para trabajar en la reforma de las estructuras de la sociedad tomando parte en los esfuerzos de liberación de quienes son víctimas de toda clase de discriminación y, en particular, en la supresión de diferencias entre ricos y pobres”* (Principios Generales #8d), en unidad con la misión de la Iglesia. En el camino hacia una colaboración más natural, todavía tenemos que remover muchos estorbos - de ambas partes- pero cada experiencia concreta que podamos llevar a la práctica nos ayudará a desarrollar una mayor comprensión de la colaboración y de la vocación e identidad específicas de cada uno de

Daniela Frank

nosotros como individuos y como comunidades. Finalmente: *como dos (o más) cuerpos ignacianos, tenemos la oportunidad de ser signos de esperanza, presentado caminos de colaboración entre laicos y religiosos en comunión con la Iglesia.*